

UNO

Hoy el mundo podría haber amanecido radiante.

Puede que la gran esfera amarilla se esté derramando sobre las nubes, como la yema líquida, y difuminándose en el más azul de los cielos, radiante de frías esperanzas y falsas promesas sobre buenos recuerdos, familias de verdad y abundantes desayunos con montones de tortitas rociadas con sirope de arce, en un mundo que ya no existe.

O quizás no.

Puede que hoy sea un día oscuro y húmedo, que el viento silbe tan fuerte que hiera los nudillos de los ancianos. Puede que nieve, o que llueva, no lo sé, puede que haga tanto frío que caiga granizo y que haya un huracán que se convierta en un tornado haciendo que la tierra se estremezca para hacer sitio a nuestros errores.

No tengo ni idea.

Ya no tengo ventana. No tengo vistas. Mi sangre está a un millón de grados bajo cero y estoy enterrada a quince metros de profundidad en una sala de entrenamiento que se ha convertido en mi segunda casa. Cada día me quedo mirando fijamente estas cuatro paredes y me recuerdo a mí misma que *no soy una prisionera no soy una prisionera no soy una prisionera* pero a veces los viejos temores salen disparados a través de mi piel y parece que no pueda liberarme de la claustrofobia que se aferra a mi garganta.

¡Hice tantas promesas al llegar aquí!

Ahora no estoy tan segura. Ahora estoy preocupada. Ahora mi mente es una traidora, porque mis pensamientos huyen cada mañana con ojos esquivos, manos sudorosas y risitas nerviosas que se aposentán en mi pecho, nacen en él, amenazan con estallar en mi interior, y la presión se hace más y más y más *fuerte*.

La vida aquí no es como esperaba.

Mi nuevo mundo está grabado en bronce, sellado en plata, se ahoga en aromas de piedra y acero. El aire es gélido; las alfombras, naranjas; las luces y los interruptores pitán y parpadean, dando un brillo fluorescente. Está lleno, lleno de personas, de pasillos repletos de susurros y gritos, taconeos firmes y pasos pensativos. Si escucho atentamente puedo oír el sonido de los cerebros trabajando, frentes que se arrugan y dedos golpeteando barbillas, labios y ceños fruncidos. Las ideas se llevan en los bolsillos, los pensamientos se apoyan en la punta de la lengua de cada uno; los ojos se entrecierran por la concentración, absortos en una cuidada planificación que yo debería querer conocer.

Pero nada funciona y todas mis piezas están rotas.

Castle me dijo que debería aprovechar mi Energía. Nuestros dones son diferentes formas de Energía. La materia nunca se crea ni se destruye, me dijo, y, al mismo tiempo que nuestro mundo cambió, también lo hizo la Energía que lo envolvía. Nuestras habilidades provienen del universo, de otra materia, de otras energías. No somos anomalías. Somos el inevitable resultado de las perversas manipulaciones de nuestra Tierra. Nuestra Energía llegó de algún lugar. Y está a nuestro alrededor.

Tiene sentido. Recuerdo cómo era el mundo cuando lo abandoné.

Recuerdo los cielos enfadados y las puestas de sol que se desmoronaban bajo la luna. Recuerdo la tierra agrietada y los arbustos cortantes y todas las cosas que antes eran verdes y que ahora son marrones. Pienso en el agua que no podemos beber y en los pájaros que ya no vuelan y en cómo la civilización humana se ha visto reducida a un conjunto de instalaciones esparcidas por lo que queda de nuestra devastada tierra.

Este planeta es como un hueso roto que no se ha soldado bien, como cien trocitos de cristal pegados. Nos han destrozado y reconstruido, nos han pedido que hiciéramos un esfuerzo cada día para hacer ver que seguíamos funcionando como se suponía que debíamos hacerlo. Pero es mentira, todo es mentira; toda persona, lugar, cosa o idea es mentira.

Yo no funciono correctamente.

No soy más que la consecuencia de la catástrofe.

Dos semanas que han quedado a un lado de la carretera, abandonadas, olvidadas. Llevo dos semanas aquí y durante este tiempo he estado en una cama de cáscaras de huevo, preguntándome cuándo se va a romper algo, si seré quien lo rompa, preguntándome cuándo va a desmoronarse todo. Durante estas dos semanas tendría que haber estado más contenta, haber dormido mejor y más profundamente en este lugar seguro. En vez de esto, me preocupo por qué va a pasar ~~cuando no consiga~~ si no consigo hacerlo bien, si no encuentro la forma de entrenar correctamente, si hiero a alguien ~~a propósito~~ accidentalmente.

Nos estamos preparando para una guerra cruel.

Por esto estoy entrenando. Estamos preparándonos para desarmar a Warner y a sus hombres. Para ganar una batalla tras otra. Para demostrar a los ciudadanos de nuestro mundo que todavía hay esperanzas, que no tienen que acceder a las demandas de el Restablecimiento y convertirse en esclavos de un régimen que solo quiere aprovecharse de ellos. Y he aceptado luchar. Ser una guerrera. Usar mis poderes, muy a mi pesar. Pero pensar en ponerle la mano encima a alguien me trae infinidad de recuerdos, sentimientos, una oleada de poder que solo siento cuando toco una piel que no es inmune a la mía. Es una explosión de invencibilidad; una especie de euforia atormentada; una ola de energía que brota de cada uno de los poros de mi cuerpo. No sé lo que me va a hacer sentir. No sé si seré capaz de sentir placer ante el dolor de alguien.

Lo único que sé es que las últimas palabras de Warner están pegadas a mí y no puedo deshacerme de ese frío, esa verdad, que me taladra la garganta al intentar salir.

Adam no sabe que Warner me puede tocar.

Nadie lo sabe.

Se suponía que Warner estaba muerto. Se suponía que Warner estaba muerto porque se suponía que yo le había disparado, pero nadie imaginó que yo tendría que aprender a disparar un arma, así que ahora creo que ha venido a buscarme.

Ha venido a luchar.

Por mí.

DOS

Un solo golpe y la puerta se abre.

—Vaya, señorita Ferrars. No sé qué espera lograr ahí sentada en una esquina. —La sonrisa fácil de Castle danza por la sala antes de que él entre.

Suspiro profundamente y me fuerzo a mirarlo, pero no puedo. En lugar de eso, murmuro una disculpa y escucho el triste sonido que generan mis palabras en esta gran sala. Noto que mis dedos temblorosos se agarran a las gruesas y acolchadas colchonetas que se extienden por el suelo y pienso en por qué no he logrado nada desde que estoy aquí. Es humillante, muy humillante, decepcionar a una de las pocas personas que me ha tratado bien.

Castle está de pie frente a mí y espera hasta que finalmente lo miro.

—No hace falta que se disculpe —me dice. Sus intensos y cristalinos ojos marrones y su sonrisa afectuosa hacen que resulte fácil olvidar que es el líder del Punto Omega. El líder de todo este movimiento clandestino dedicado a luchar contra el Restablecimiento. Tiene la voz demasiado suave, demasiado amable, y casi es peor. ~~A veces desearía que me gritara—~~. Pero... —prosigue— tiene que aprender a aprovechar su energía, señorita Ferrars.

Una pausa.

Un paso.

Sus manos descansan sobre la pila de ladrillos que yo debería haber destruido. Hace como que no nota lo rojos que están mis ojos, o las tuberías metálicas que he arrojado por la habitación. Evita cuidadosamente observar las manchas de sangre de los tablones de madera apartados a un lado; no me pregunta por qué tengo los puños tan apretados o si me he hecho daño de

nuevo. Ladea la cabeza hacia mí, pero está mirando fijamente un punto justo a mi espalda y, cuando habla, su voz es suave.

—Sé que le resulta difícil —me dice—. Pero tiene que aprender. Tiene que hacerlo. Su vida dependerá de ello.

Trago tan fuerte que oigo el eco de mi saliva en el abismo que nos separa. Asiento y me reclino contra la pared, ignorando el frío y el dolor que me produce el ladrillo al clavarse en mi espalda. Aprieto las rodillas contra el pecho y noto que mis pies presionan las colchonetas que cubren el suelo. Me falta tan poco para echarme a llorar que me da miedo ponerme a gritar cuando hable.

—Pero no sé cómo —le digo finalmente—. No entiendo nada de todo esto. Ni siquiera sé qué debería estar haciendo. —Miro fijamente al suelo y parpadeo parpadeo parpadeo, tengo los ojos brillantes, húmedos—. No sé cómo conseguir que sucedan las cosas.

—Entonces tiene que pensar —dice Castle, sin inmutarse. Coge una tubería metálica abandonada. La sopesa—. Tiene que encontrar la relación entre los hechos ocurridos. ¿Qué pasó cuando destrozó el hormigón de la cámara de tortura de Warner? ¿Cuándo perforó la puerta de acero para salvar al señor Kent? ¿Por qué en esos dos casos fue capaz de actuar de una forma tan extraordinaria? —Se sienta a unos metros de distancia. Empuja la tubería hacia mí—. Necesito que analice sus habilidades, señorita Ferrars. Tiene que concentrarse.

Una palabra es suficiente, es lo que necesito para ponerme enferma. Parece que todo el mundo necesita que me concentre. Primero Warner necesitaba que me concentrara, y ahora Castle necesita que me concentre.

Nunca he sido capaz de hacerles caso.

El profundo y triste suspiro de Castle me devuelve a la realidad. Se pone en pie. Se alisa la única chaqueta azul marino que parece tener y veo el símbolo plateado de Omega bordado en la espalda. Una mano ausente toca el final de su coleta; siempre se ata las rastas en la base del cuello.

—Se pone obstáculos usted misma —dice, aunque lo dice amablemente—. Quizás debería trabajar con alguien para va-

riar. Quizás un compañero la ayudaría a aclararse, a descubrir la conexión entre estos dos sucesos.

Los hombros se me tensan de la sorpresa.

—Pero dije que tenía que trabajar sola.

Entorna los ojos a lo lejos. Se rasca detrás de la oreja mientras se mete la otra mano en el bolsillo.

—En realidad no quería que trabajara sola —confiesa—. Pero nadie se ofreció voluntario.

Una, dos, quince rocas me golpean en el estómago. Algunas se quedan aplastándome el pecho. No entiendo por qué me quedo sin respiración, por qué estoy tan sorprendida. No debería estarlo. No todo el mundo es Adam.

No todos están a salvo de mí como él. Solo Adam me ha tocado y ha disfrutado con ello. ~~A excepción de Warner.~~ Pero a pesar de que a Adam le encantaría ayudarme, él no puede entrenar conmigo. Está ocupado con otras cosas.

Cosas que nadie quiere contarme.

Pero Castle me observa con ojos ilusionados, generosos, ojos que no saben que estas nuevas palabras que me ha dicho son mucho peores que todo lo anterior. Peores porque, aunque ya sé la verdad, todavía me duele oírla. Me duele recordar que, aunque viva en una cálida burbuja con Adam, el resto del mundo sigue viéndome como una amenaza. Un monstruo. Una abominación.

~~Warner estaba en lo cierto. No importa dónde vaya, parece que no puedo librarme de esto.~~

—¿Qué ha cambiado? —le pregunto—. ¿Quién quiere entrenar conmigo ahora? —Me detengo—. ¿Usted?

Castle sonríe.

Es el tipo de sonrisa que hace que me recorra un ardor avergonzado y el orgullo caiga hasta mis pies. Tengo que resistir la tentación de salir corriendo por la puerta.

~~Por favor por favor por favor no me compadezcas, es lo que quiero decirle.~~

—Ojalá tuviera tiempo —dice Castle—. Pero al final Kenji está libre... Conseguimos reorganizarle la agenda... y dijo que

le gustaría trabajar con usted. —Un instante de duda—. Si le parece bien.

Kenji.

Quiero reírme a carcajadas. Tenía que ser el único que se arriesgara a trabajar conmigo. Le hice daño una vez. Accidentalmente. Pero no hemos pasado mucho tiempo juntos desde que llevó a nuestra expedición al Punto Omega. Parecía como si simplemente estuviera cumpliendo una misión; una vez conseguida, volvió a su propia vida. Aparentemente, Kenji es alguien importante aquí. Tiene un millón de cosas que hacer. Cosas que controlar. Parece que cae bien a la gente, que incluso lo respetan.

Me pregunto si alguna vez lo habrán visto como el Kenji odioso y grosero que conocí al principio.

—Por supuesto —le digo a Castle, intentando poner una cara amable por primera vez desde que ha llegado—. Me parece una buena idea.

Castle se pone en pie. Tiene los ojos brillantes, ilusionados, complacidos.

—Perfecto. Le diré que se reúna con usted mañana a la hora del desayuno. Pueden comer juntos e irse desde allí.

—Bueno, pero yo normalmente...

—Lo sé —me interrumpe Castle. Ahora su sonrisa se reduce a una delgada línea y arruga la frente de preocupación—. Le gusta comer con el señor Kent. Lo sé. Pero casi no ha pasado tiempo con los demás, señorita Ferrars, y, si va a quedarse aquí, tiene que empezar a confiar en nosotros. La gente del Punto Omega se siente unida a Kenji. Él puede responder por usted. Si todos los ven pasando tiempo juntos, se sentirán menos intimidados ante su presencia. La ayudará a adaptarse.

Noto como si aceite hirviendo me salpicase la cara; me estremezco, mis dedos se contraen, intento encontrar un lugar al que mirar, intento hacer ver que no siento el dolor que me aprisiona el pecho. Tengo que tragar tres veces antes de responder.

—Me... me tienen miedo —le digo susurrando, me voy apagando—. No quiero... no quería molestar a nadie. No quería entrometerme...

Castle suspira, largo y tendido. Mira hacia arriba y hacia abajo, se rasca bajo la barbilla.

—Solo están asustados —dice finalmente— porque no la conocen. Si lo intentara un poco más... Si hiciera el menor esfuerzo por conocer a alguien... —Se detiene. Frunce el ceño—. Señorita Ferrars, lleva aquí dos semanas y casi no habla con sus compañeras de habitación.

—Pero eso no... Creo que son buena gente y...

—¿Y aun así las ignora? ¿No pasa tiempo con ellas? ¿Por qué?

~~Porque nunca he tenido amigas. Porque me da miedo hacer algo mal, decir algo malo y que acaben odiándome como han hecho todas las chicas que he conocido. Y me caen muy bien, por lo que me dolería mucho más su rechazo.~~

Me quedo callada.

Castle menea la cabeza.

—Lo hizo muy bien el día que llegó. Casi amiga de Brendan. No sé qué pasó —prosigue—, pensé que estaría bien aquí.

Brendan. El chico delgado de pelo rubio platino con corrientes eléctricas en las venas. Me acuerdo de él. Fue amable conmigo.

—Me cae bien Brendan —le digo a Castle, desconcertada—. ¿Él está enfadado conmigo?

—¿? —Castle menea la cabeza, se ríe a carcajadas. No me responde—. No lo entiendo, señorita Ferrars. He intentado tener paciencia con usted. He intentado darle tiempo, pero confieso que estoy bastante perplejo. ¡Era tan diferente cuando llegó! ¡Le entusiasmaba estar aquí! Pero tardó menos de una semana en cambiar de parecer. Ni siquiera mira a nadie cuando camina por los pasillos. ¿Qué pasa con la conversación? ¿Con la amistad?

Sí.

Tardé un día en sentirme como en casa. Un día en mirar a mi alrededor. Un día en sentirme entusiasmada ante una nueva vida y todo el mundo tardó un día en descubrir quién soy y qué he hecho.

Castle no me habla de las madres que me ven andar por el pasillo y apartan a sus hijos de mi camino de un tirón. No menciona las miradas hostiles y las palabras poco cordiales que he soportado desde que llegué. No dice nada sobre los niños a quienes les han dicho que permanezcan lejos, muy lejos, y el puñado de ancianos que me observan demasiado de cerca. Solo puedo imaginarme lo que han oído, de dónde han sacado esas historias.

Juliette.

Una chica con un toque letal que mina la fuerza y la energía de los seres humanos hasta que se convierten en cascarones débiles y paralizados que jadean en el suelo. Una chica que se pasó la mayor parte del tiempo en hospitales y centros de detención de la juventud, una chica que fue repudiada por sus propios padres, etiquetada como demente y sentenciada al aislamiento en un manicomio donde incluso las ratas tenían miedo de vivir.

Una chica.

Tan hambrienta de poder que mató a un niño pequeño. Que torturó a un niño. Que hizo que un hombre se arrodillara ante ella jadeante. Ni siquiera tiene la decencia de suicidarse.

Nada de eso es mentira.

Así que miro a Castle con manchas de rubor en las mejillas y palabras mudas en los labios y ojos que se niegan a revelar sus secretos.

Él suspira.

Está a punto de decir algo. Intenta hablar, pero me mira el rostro y cambia de idea. Solo me ofrece un asentimiento rápido, una inspiración profunda, un toque de dedo sobre el reloj y unas palabras:

—Tres horas hasta que se apaguen las luces. —Y se gira para irse.

Se para frente a la puerta.

—Señorita Ferrars —me dice de repente, suavemente, sin girarse—. Ha elegido quedarse con nosotros, luchar con nosotros, ser miembro del Punto Omega. —Se detiene—. Necesitaremos su ayuda. Y me temo que se nos está acabando el tiempo.

Observo cómo se va.

Escucho sus pasos alejarse retumbando, igual que sus últimas palabras, y reclino la cabeza contra la pared. Cierro los ojos y dejo de ver el techo. Oigo su voz, solemne y firme, zumbándome en los oídos.

Se nos está acabando el tiempo, ha dicho.

Como si el tiempo pudiera ser de esa clase de cosas que se te acaban, como si pudiera medirse en recipientes que nos entregan al nacer y de los que, si comemos demasiado, muy rápido o justo antes de tirarnos al agua, entonces el tiempo se nos acaba, se pierde, se consume, se agota.

Pero el tiempo está más allá de nuestra comprensión. Es inagotable, existe fuera de nosotros; no se nos puede acabar, ni podemos perderle la pista o encontrar una forma de aferrarnos a él. El tiempo sigue adelante con o sin nosotros.

Tenemos mucho tiempo, debería haber dicho Castle. Tenemos todo el tiempo del mundo, debería haberme dicho. Pero no lo hizo porque lo que quería decir es que nuestro tiempo, tic tac, está cambiando. Se precipita hacia una dirección completamente nueva golpeándose de bruces contra otra cosa y

Tic

Tac

Tic

Tac

Tic

Ya casi.

Es la hora de la guerra.